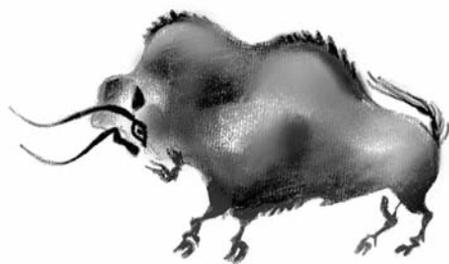


JEAN M.
AUDEL

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

LAS LLANURAS
DEL TRÁNSITO



MAEVA



FORMA FEMENINA ESTILIZADA.
Grabado sobre un colmillo de mamut. Altura 15,5 cm.
Prédmost, Moravia, República Checa.



BASTÓN PERFORADO,
con decoraciones abstractas.
Hallado en Laugerie Haute.
Musée les Eyzies, Dordogne,
Francia.





CABEZA DE LEONA.
Pequeña escultura en barro cocido. Altura 4,5 cm. Dolni Věstonice, Moravia, República Checa.

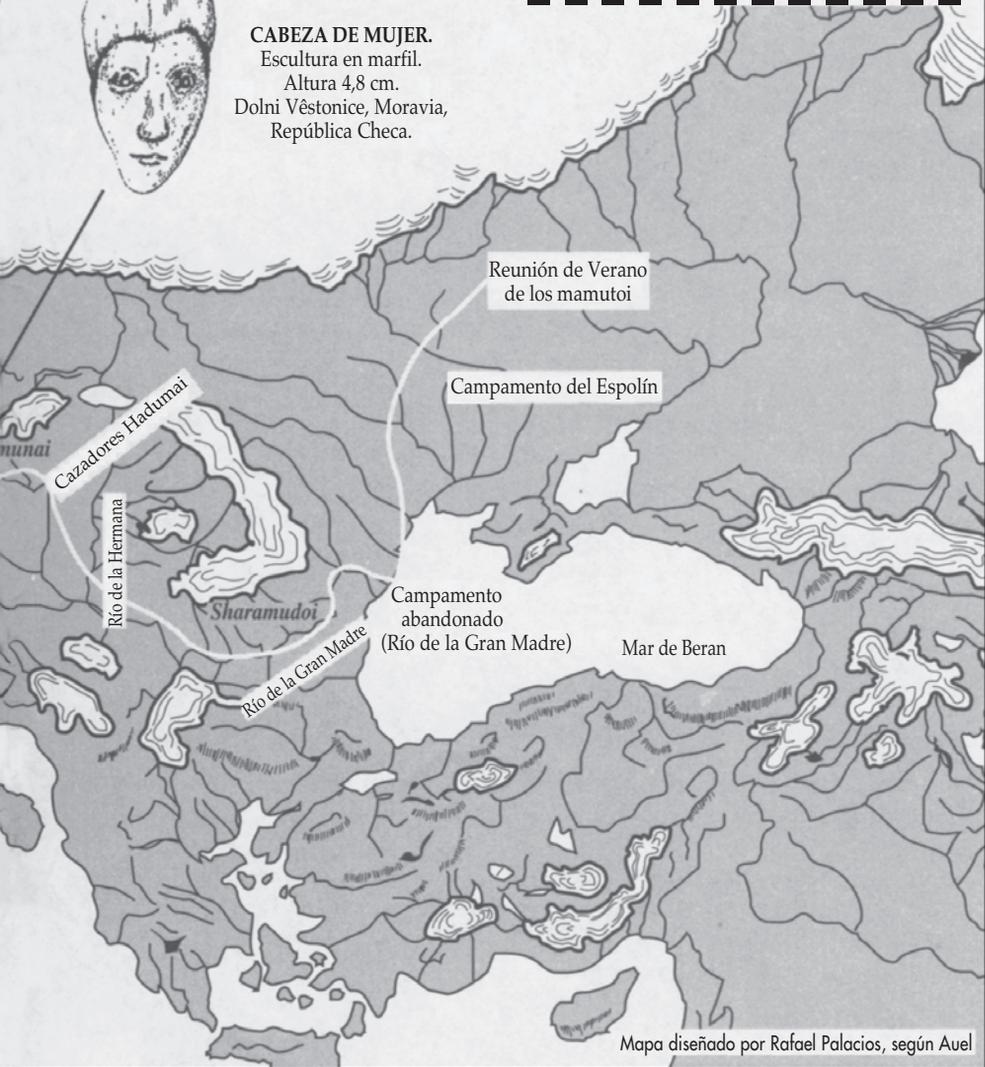


CABEZA DE MUJER.
Escultura en marfil. Altura 4,8 cm. Dolni Věstonice, Moravia, República Checa.

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA EDAD DE HIELO

Extensión del hielo y cambios de la costa durante el período interstadial de 10.000 años, una tendencia al calentamiento durante la glaciación Würm del Pleistoceno tardío que se extiende desde los 35.000 a los 25.000 años antes del momento actual.



Mapa diseñado por Rafael Palacios, según Auel

CAPÍTULO 1

La mujer vislumbró un movimiento a través de la bruma polvorienta que había frente a ella y se preguntó si sería el lobo, al que antes había visto brincar en aquella dirección.

Miró a su compañero con gesto preocupado y después buscó de nuevo al lobo, esforzándose por ver a través de la polvareda.

–¡Jondalar! ¡Mira! –dijo, señalando al frente.

Hacia su izquierda, los perfiles imprecisos de varias tiendas cónicas eran apenas visibles a través del viento seco y polvoriento.

El lobo estaba siguiendo a dos criaturas de dos patas que habían comenzado a emerger del aire turbio, portando lanzas que apuntaban directamente hacia ellos.

–Ayla, creo que hemos llegado al río, pero me parece que no somos los únicos que queremos acampar aquí –dijo el hombre, tirando de las riendas para detener a su caballo.

La mujer indicó a su caballo que se detuviera con la presión del músculo del muslo, una fuerza sutil que era consecuencia de un acto reflejo, hasta el punto de que jamás hubiera concebido que sirviera como un medio de controlar al animal.

Ayla oyó un gruñido amenazador que brotaba de la garganta del lobo y vio que su postura había pasado de una actitud defensiva a otra más bien agresiva. ¡Estaba preparándose para atacar! La mujer emitió un sonido áspero y peculiar, semejante al grito de un ave, aunque de ninguna de las aves conocidas. El lobo suspendió su aproximación subrepticia y avanzó hacia la mujer montada a caballo.

–¡Lobo, quédate cerca! –dijo ella, al mismo tiempo que hacía una señal con la mano. El lobo trotó junto a la yegua de color amarillo pardo, mientras el hombre y la mujer se acercaron lentamente, montados en sus caballos, a las personas situadas entre ellos y las tiendas.

Un viento racheado y caprichoso, que mantenía en suspensión la tierra de fino loess, remolineaba alrededor de ellos y hacía confusas las imágenes de aquellos que portaban lanzas. Ayla alzó una pierna y desmontó. Se arrodilló al lado del lobo. Apoyó un brazo sobre el lomo del

animal y otro sobre su pecho, para tranquilizarlo y retenerlo si fuera necesario. Podía sentir el gruñido que rumoreaba en su garganta y la ansiosa tensión de los músculos dispuestos para el salto. Ayla miró a Jondalar. Una delgada película de polvo cubría los hombros y los largos cabellos color de lino del hombre de elevada estatura y confería al pelaje de su montura, de tonalidad pardo oscura, el color leonado más usual de su resistente raza. Ella y Whinney tenían el mismo aspecto. Aunque aún estaban a principios del verano, los fuertes vientos que provenían del gigantesco glaciar del norte ya estaban secando las estepas en una ancha faja al sur del hielo.

Ayla percibió que el lobo estaba tenso y que presionaba sobre su brazo; fue entonces cuando vio que otra figura aparecía detrás de los portadores de lanzas, vestida como Mamut podría hacerlo para una ceremonia importante, y usaba una máscara con cuernos de bisonte y vestiduras pintadas y decoradas con símbolos enigmáticos.

El Mamut les apuntó con su báculo, agitándolo vigorosamente, y gritó:

—¡Fuera, malos espíritus! ¡Abandonad este lugar!

Ayla pensó que la voz que provenía de detrás de la máscara se asemejaba a la de una mujer, pero no estaba segura; de todos modos, había hablado en mamutoi. El Mamut se abalanzó hacia ellos agitando de nuevo el cayado, mientras Ayla retenía al lobo. Justamente después, la figura disfrazada comenzó a cantar y bailar, mientras agitaba el cayado y saltaba rápidamente hacia ellos, para retroceder otra vez, como si intentara asustarlos o alejarlos, aunque sólo lograba atemorizar a los caballos.

La sorprendió que Lobo estuviese dispuesto a atacar; los lobos rara vez amenazaban a la gente. Pero al recordar su comportamiento, creyó entender. Ayla había observado con frecuencia a los lobos cuando aprendía todo lo necesario para cazar, y sabía que estos animales se mostraban afectuosos y fieles sólo con su propia manada. Se apresuraban a expulsar de su territorio a los extraños, y se conocían casos en que habían luchado con otros lobos para proteger lo que consideraban su dominio exclusivo.

Para el minúsculo cachorro de lobo que ella había encontrado y llevado a la guarida mamutoi, el Campamento del León era su manada; para él, otras personas eran simplemente lobos forasteros. Había gruñido a humanos desconocidos que llegaban de visita, cuando aún no había madurado. Ahora, en territorio desconocido, quizá el territorio de otra manada, era natural que adoptase una actitud defensiva en cuanto veía a extraños, y sobre todo a extraños hostiles armados con lanzas. ¿Por qué la gente de aquel campamento blandía sus lanzas?

A Ayla le pareció encontrar en los cánticos algo conocido; después comprendió de qué se trataba. Las palabras pertenecían a la lengua arcaica sagrada que sólo entendían los mamutoi. Ayla no la comprendía por completo. Mamut apenas había comenzado a enseñarle el idioma

antes de que ella se marchara, pero advirtió que el significado del canto estridente era esencialmente el mismo que el de las palabras proferidas antes, aunque los términos usados fueran un poco más suaves. Consistía en una exhortación a los espíritus del pueblo de los lobos y los caballos para que se alejaran y les dejaran en paz, a fin de que regresaran al mundo de los espíritus al que pertenecían.

En idioma zelandoni, de modo que la gente del campamento no la entendiese, Ayla explicó a Jondalar lo que el Mamut decía:

–¿Creen que somos espíritus? ¡Naturalmente! –observó Jondalar–. Debería haberme dado cuenta. Nos temen. Por eso nos amenazan con lanzas. Ayla, tendremos este problema siempre que nos encontremos con gente en el camino. Ahora estamos acostumbrados a los animales, pero la mayoría de la gente siempre pensó que los caballos o los lobos eran sólo comida o pieles.

–Los mamutoi de la Reunión de Verano estaban inquietos en un principio. Les llevó un tiempo acostumbrarse a la idea de tener cerca a los caballos y a Lobo, pero finalmente lo consiguieron –dijo Ayla.

–Cuando abrí los ojos por primera vez en la caverna de tu valle, y te vi ayudando a Whinney que daba a luz a Corredor, pensé que el león me había destruido y que yo había despertado en el mundo de los espíritus –dijo Jondalar–. Quizá yo también debería desmontar, para demostrarles que soy hombre y que no estoy unido a Corredor como si fuera una especie de espíritu hombre-caballo.

Jondalar desmontó, pero sostuvo en la mano la cuerda unida al freno que él mismo había fabricado. Corredor sacudía la cabeza y trataba de apartarse del Mamut que se acercaba, sin dejar de agitar el cayado y cantando a voz en cuello. Whinney estaba detrás de la mujer arrodillada, con la cabeza inclinada, tocándola. Ayla no usaba cuerdas ni frenos para guiar a su caballo. Dirigía a su cabalgadura solamente con la presión de sus piernas y los movimientos del cuerpo.

Al oír algunos fragmentos del extraño lenguaje que los espíritus hablaban y ver que Jondalar desmontaba, el hechicero cantó en voz aún más alta, rogando a los espíritus que se alejasen, brindándoles ceremonias y tratando de aplacarlos con la promesa de ofrendas.

–Creo que deberías decirles quiénes somos –observó Ayla–. Ese Mamut está muy preocupado.

Jondalar sostuvo la cuerda cerca de la cabeza del corcel. Corredor, asustado, trataba de retroceder, y el Mamut, con su cayado y sus gritos, no mejoraba la situación. Incluso Whinney comenzaba a espantarse, a pesar de que era una yegua de temperamento más sosegado que su brioso retoño.

–No somos espíritus –gritó Jondalar cuando el Mamut se detuvo para tomar aliento–. Soy un visitante, un viajero que hace su viaje, y ella –señaló a Ayla– es una mamutoi, del Hogar de los Mamuts.

Los que estaban enfrente se miraron unos a otros con expresión de duda, y el Mamut cesó de gritar y bailar, aunque continuaba agitando

de cuando en cuando el cayado, mientras los observaba. Quizá los espíritus les engañaban, pero por lo menos se habían visto obligados a hablar en una lengua que todos podían entender. Finalmente, el Mamut habló:

–¿Por qué tenemos que creerlos? ¿Cómo sabemos que no intentáis engañarnos? Dices que ella viene del Hogar de los Mamuts, pero ¿dónde está su señal? No tiene tatuaje en la cara.

–Él no ha dicho que yo fuera una Mamut –intervino entonces Ayla–. Ha dicho que pertenecía al Hogar de los Mamuts. La vieja Mamut del Campamento del León estaba adiestrándome antes de que yo partiese, pero mi instrucción aún no ha terminado.

El Mamut se alejó unos pasos para conferenciar con una mujer y un hombre; después regresó.

–Éste –dijo, señalando a Jondalar– es, como él mismo dice, un visitante. Aunque habla bastante bien, tiene el acento de una lengua extranjera. Pero la mujer dice que es mamutoi, y hay algo en su forma de hablar que no es mamutoi.

Jondalar contuvo la respiración y esperó. En efecto, Ayla hablaba de una manera especial. No podía emitir ciertos sonidos y el modo de pronunciarlos era extrañamente personal. Se entendía perfectamente lo que decía a su estilo y la entonación no resultaba desagradable –a Jondalar más bien le complacía–, pero la diferencia era perceptible. No era precisamente el acento de otra lengua; era algo más que eso, y distinto. Sin embargo, no dejaba de ser eso: un acento, pero de una lengua que la mayoría de la gente no había escuchado y que ni siquiera reconocería como lenguaje. Ayla hablaba con el acento de la lengua difícil, gutural y vocalmente limitada del pueblo que había recogido a la niña huérfana y la había criado.

–No nací en el pueblo de los mamutoi –dijo Ayla, siempre refrenando a Lobo, pese a que su gruñido había cesado–. Fui adoptada por un Hogar de los Mamuts y por el propio Mamut.

Se produjo entonces un agitado murmullo originado por los diálogos entre la gente y una nueva consulta privada entre el Mamut, la mujer y el hombre.

–Si no perteneces al mundo de los espíritus, ¿cómo controlas a ese lobo y consigues que los caballos te soporten sobre el lomo? –preguntó el Mamut, que había decidido concretar la aclaración.

–No es difícil conseguirlo, si uno los recoge cuando son muy jóvenes –contestó Ayla.

–Por lo que dices, parece muy sencillo. Pero no creo que sea tan fácil.

Aquella mujer no podía engañar a un Mamut que también pertenecía al Hogar de los Mamuts.

–Yo vi cómo ella trajo al cachorro de lobo a nuestro refugio. –Trató de explicar Jondalar–. Era tan pequeño que aún mamaba, y yo estaba seguro de que moriría. Pero ella lo alimentó con pequeños trozos de

carne y caldo, y se despertaba en medio de la noche para atenderle como se hace con un niño de pecho. Y cuando el lobo vivió y comenzó a crecer, todos se sorprendieron, pero eso fue sólo al principio. Después, le enseñó a obedecer, a no orinar ni defecar en el refugio, ni morder a los niños aunque ellos le hicieran daño. Si no lo hubiese visto, no habría creído que un lobo pudiese aprender y comprender tanto. Por supuesto que se necesita mucho más que encontrarlo de pequeño. Lo atendió como si hubiese sido su hijo. Es una madre para este animal y por eso hace lo que ella quiere.

—¿Y los caballos? —preguntó el hombre que estaba de pie, al lado del hechicero. Había estado mirando fijamente al brioso corcel, así como al hombre de elevada estatura que lo dominaba.

—Sucedee lo mismo con los caballos. Uno puede enseñarles si los encuentra pequeños y los cuida. Se necesita tiempo y paciencia, pero aprenden.

La gente había bajado las lanzas y escuchaba ahora con mucho interés. Nadie había escuchado a los espíritus hablar en lenguaje común, aunque las explicaciones acerca de servir de padres a los animales eran exactamente el tipo de extraña conversación que caracterizaba a los espíritus, palabras que no significaban precisamente lo que aparentaban.

De pronto la mujer del campamento habló.

—Nada sé sobre eso de ser una madre para los animales, pero lo que sí sé es que el Hogar de los Mamuts no adopta a extraños y los convierte en mamutoi. No es un hogar común. Está consagrado a Los Que Sirven a la Madre. Las gentes eligen el Hogar de los Mamuts o son elegidas. Tengo parientes en el Campamento del León. Mamut es muy viejo, quizá el hombre más viejo que aún vive. ¿Por qué querría adoptar a alguien? Y no creo que Lutie lo hubiese permitido. Es muy difícil creer lo que decís, y tampoco sé por qué tenemos que creerlos.

Ayla percibió algo ambiguo en el modo de hablar de la mujer, o más bien en los sutiles amaneramientos que acompañaban a sus palabras: la rigidez de la espalda, la tensión de los hombros, la expresión ansiosa. Parecía que estuviese previendo algo desagradable. Y de pronto, Ayla comprendió que no era una equivocación verbal; la mujer había incluido con toda intención algo falso en su declaración; en su pregunta había deslizado una trampa sutil. Pero de acuerdo con el pasado tan particular de Ayla, la trampa era clara y evidente.

Los que habían criado a Ayla, el pueblo llamado de los cabezas chatas, que se autodesignaban con el nombre de clan, se comunicaban con profundidad y exactitud, aunque no principalmente con palabras. Pocas personas advertían que en realidad poseían una lengua. Su capacidad de expresión era muy limitada, y a menudo se les desacreditaba, afirmando que eran inferiores a los humanos, animales que no sabían hablar. Utilizaban una lengua de gestos y signos, pero no por ello ésta era menos compleja.

La cantidad relativamente reducida de palabras utilizadas por el clan –palabras que Jondalar casi no lograba reproducir, del mismo modo que ella no era totalmente capaz de pronunciar ciertos sonidos en zelandoni o mamutoi– dependían de un tipo peculiar de vocalización y solían usarse para subrayar algo o para mencionar los nombres de las personas o las cosas. Los matices y los detalles más sutiles del sentido se indicaban mediante la actitud, la postura y los gestos faciales, que conferían profundidad y diversidad a la lengua, exactamente como sucede con los tonos y las inflexiones en el lenguaje verbal.

Pero al utilizar medios tan directos de comunicación, era casi imposible expresar una mentira sin revelar el hecho; no podían mentir.

Ayla había aprendido a percibir y comprender las sutiles señales del movimiento corporal y la expresión facial mientras aprendía a hablar con signos; todo aquello era necesario para alcanzar una absoluta comprensión. Cuando estaba reaprendiendo a hablar verbalmente con Jondalar y adquiriría mayor fluidez con el mamutoi, Ayla descubrió que percibía las señales involuntarias contenidas en los leves movimientos faciales y la postura incluso de la gente que hablaba con palabras, aunque el propósito de dichos gestos no era representar una parte de lo que se decía.

Descubrió que comprendía más que las palabras, aunque esto al principio le causaba cierta confusión y un poco de inquietud, porque las palabras pronunciadas no siempre coincidían con las señales emitidas, y ella nada sabía de las mentiras. Lo que más se podía aproximar a la negación de la verdad era abstenerse de hablar.

Con el tiempo, llegó a saber que a menudo ciertas mentiras leves tenían el carácter de cortesías. Pero cuando llegó a entender el humor –que generalmente dependía de que se dijese una cosa que en realidad significaba otra–, de pronto aprendió el carácter del lenguaje hablado y de la gente que lo usaba. Entonces su capacidad para interpretar las señales inconscientes agregó una dimensión inesperada a sus habilidades verbales en desarrollo: una percepción casi misteriosa de lo que la gente realmente quería decir. Esto le concedió una ventaja poco común. Aunque ella misma no sabía mentir, excepto por omisión, por regla general captaba enseguida cuándo otro no decía la verdad.

–Cuando estuve en el Campamento del León nadie se llamaba Lutie. –Ayla había decidido hablar con franqueza–. Tullie es la jefa y su hermano Talut es el jefe.

La mujer asintió imperceptiblemente, mientras Ayla continuaba hablando.

–Sé que una persona generalmente está consagrada al Hogar del Mamut, y que no se la adopta. Talut y Nezzie fueron los que me lo pidieron, y Talut incluso agrandó su caverna para formar un refugio especial en invierno destinado a los caballos, pero el viejo Mamut les sorprendió a todos. Durante la ceremonia, me adoptó. Dijo que yo pertenecía al Hogar del Mamut y que había nacido para él.

–Si llevaste esos caballos contigo al Campamento del León, entiendo por qué el viejo Mamut dijo eso –afirmó el hombre.

La mujer le miró irritada y dijo unas pocas palabras por lo bajo. Después, las tres personas volvieron a hablar entre ellas. El hombre había llegado a la conclusión de que los extraños probablemente eran personas y no espíritus que tendían trampas –o que si lo hacían, por lo menos no eran peligrosas–, pero no creía que fuesen precisamente lo que afirmaban ser. La explicación del hombre alto para aclarar la extraña conducta de los animales era demasiado sencilla, pero le interesaba. Los caballos y el lobo le intrigaban. La mujer sentía que los forasteros hablaban con excesiva fluidez, explicaban demasiadas cosas, eran excesivamente francos, y estaba segura de que en el asunto había más de lo que cualquiera de ellos decía. No confiaba y no quería saber nada de ellos.

El Mamut los aceptó como humanos sólo después de concebir otra idea que, para quien entendía esas cosas, hacía que resultase más plausible el comportamiento extraordinario de los animales. Estaba seguro de que la mujer rubia era una poderosa visitante, y el anciano Mamut seguramente sabía que aquella mujer había nacido con un extraño control sobre los animales. Quizá lo mismo podía decirse del hombre. Después, cuando su campamento llegase a la Reunión de Verano, sería interesante hablar con el Campamento del León, y los mamuts sin duda dirían algo acerca de aquellos dos. Era más fácil creer en la magia que en la absurda idea de que se podía domesticar a los animales.

Mientras se consultaban, se produjeron ciertas discrepancias. La mujer se sentía incómoda; los forasteros la turbaban. Si hubiese pensado en el asunto, quizá habría reconocido que tenía miedo. No le agradaba estar cerca de una manifestación tan clara de poder oculto, pero imperó el criterio de sus compañeros. El hombre habló.

–Este lugar, donde se unen los ríos, es bueno para acampar. Hemos tenido buena caza y un rebaño de venados gigantes viene hacia aquí. Llegarán dentro de pocos días. No nos opondremos si decidís acampar cerca y os unís a nosotros en la caza.

–Apreciamos el ofrecimiento –dijo Jondalar–. Podemos acampar cerca por esta noche, pero debemos partir por la mañana.

Era un ofrecimiento prudente, no precisamente la bienvenida que a menudo le habían dispensado otros extraños, cuando él y su hermano viajaban juntos a pie. El saludo formal, transmitido en nombre de la Madre, ofrecía más que hospitalidad. Era una invitación a unirse al resto, a permanecer con ellos y convivir un tiempo. La invitación más limitada del hombre revelaba su incertidumbre, pero, por lo menos, ya no seguían amenazándolos con sus lanzas.

–Entonces, en nombre de Mut, por lo menos esta noche compartid la cena con nosotros y comed con nosotros también por la mañana.

Hasta ahí el jefe podía darles la bienvenida, y Jondalar intuyó que le habría gustado ofrecer más.

–En nombre de la Gran Madre Tierra, nos alegrará cenar con vosotros esta noche, después de preparar nuestro campamento –aceptó Jondalar–; pero debemos partir temprano.

–¿Por qué tenéis tanta prisa?

La franqueza que era típica de los mamutoi sorprendió no obstante a Jondalar, a pesar del tiempo que había convivido con ellos, y sobre todo proviniendo de un extraño. La pregunta del jefe hubiera parecido un tanto descortés en el pueblo de Jondalar; no una indiscreción grave, sino sólo un signo de inmadurez o de falta de aprecio por el lenguaje más sutil e indirecto de los adultos sensatos.

Pero Jondalar había aprendido que el candor y la franqueza eran cualidades apropiadas a los ojos de los mamutoi, y que la falta de franqueza era sospechosa, pese a que las actitudes de los mamutoi no eran tan absolutamente francas como parecían. Había sutilezas. Todo consistía en el modo en que uno expresaba la franqueza, de qué forma era acogida ésta y lo que no se decía. Pero la curiosidad franca del jefe de este campamento coincidía completamente con el estilo de los mamutoi.

–Vuelvo a casa –dijo Jondalar–, y llevo conmigo a esta mujer.

–¿Por qué un día o dos son importantes?

–Mi hogar está muy hacia el oeste. Me marché hace... –Jondalar se interrumpió para contar– cuatro años, y el regreso me llevará otro año, si tenemos suerte. Hay algunos pasos peligrosos, ríos y hielos, en el camino, y no quiero llegar en la peor estación.

–¿Vais hacia el oeste? Pensaba que os dirigíais hacia el sur.

–Sí. Buscamos el Mar de Beran y el Río de la Gran Madre. Remontaremos su curso.

–Mi primo fue al oeste para traficar hace unos años. Dijo que algunos viven cerca de un río al que también llaman la Gran Madre –explicó el hombre–. Creía que era el mismo. Desde aquí viajaron hacia el oeste. Todo depende de cuándo quieras remontar el curso, pero hay un pasaje al sur del Gran Hielo, aunque al norte de las montañas, hacia el oeste. Puedes acortar mucho tu viaje si sigues este camino.

Talut me habló de la ruta del norte, pero nadie parece saber con seguridad si es el mismo río. Si no lo es, puede llevarme más tiempo tratar de encontrar el camino. Vine por el sur y conozco esa ruta. Además, tengo parientes en el Pueblo del Río. Mi hermano se unió con una mujer sharamudoi y yo viví con ellos. Me agradaría verlos otra vez. No es probable que vuelva a encontrarlos.

–Traficamos con el Pueblo del Río... Creo haber oído hablar de unos forasteros, hace un año o dos, que vivían con ese grupo y se les unió una mujer mamutoi. Ahora que pienso en ello, eran dos hermanos. Los sharamudoi tienen distintas costumbres para formar pareja, pero, según recuerdo, ella y su compañero debían reunirse con otra pareja, supongo que era una forma de adopción. Invitaron a todos los parientes mamutoi que quisiesen acudir. Algunos fueron, y después uno o dos regresaron.

–Ése era mi hermano, Thonolan –dijo Jondalar, complacido porque el relato tendía a ratificar su versión, aunque aún no podía pronunciar el nombre de su hermano sin experimentar dolor–. Fue su ceremonia matrimonial. Se unió a Jetamio, y formaron uniones cruzadas con Markeno y Tholie. Tholie fue la que primero me enseñó a hablar mamutoi.

–Tholie es mi prima lejana, ¿y tú eres hermano de uno de sus compañeros? –El hombre se volvió hacia su hermana–. Thurie, este hombre es pariente. Creo que debemos darles la bienvenida. –Sin esperar respuesta, dijo–: Soy Rutan, jefe del Campamento del Halcón. En el nombre de Mut, la Gran Madre, os damos la bienvenida.

La mujer no tenía alternativa. No podía avergonzarse a su hermano negándose a ofrecer la misma bienvenida, aunque en ese momento pensó en varias cosas que le diría a solas.

–Soy Thurie, jefa del Campamento del Halcón. En nombre de la Madre, te doy la bienvenida. En verano tenemos el Campamento del Espolín.

No era la acogida más cálida que Jondalar había recibido. Percibió una actitud definida de reserva y restricción. Ella le daba la bienvenida a aquel lugar concreto, pero se trataba de un campamento provisional. Jondalar sabía que la denominación del Campamento del Espolín designaba un campamento cualquiera de los que se organizaban durante la cacería estival. Los mamutoi eran sedentarios en invierno, y aquel grupo, como el resto, vivía en un campamento o comunidad permanente formado por uno o dos refugios semisubterráneos, o por varios refugios más pequeños, a los que denominaban Campamento del Halcón. Ella no le daba la bienvenida a aquel lugar.

–Soy Jondalar de los zelandonii y te saludo en nombre de la Gran Madre Tierra, a quien llamamos Doni.

–Tenemos lugares para dormir en la tienda del Mamut –continuó Thurie–, pero no sé qué haremos con los... animales.

–Si no os importa –dijo Jondalar, en una actitud cortés–, para nosotros sería más fácil organizar cerca nuestro propio campamento, en lugar de quedarnos aquí. Apreciamos vuestra hospitalidad, pero los caballos necesitan pastar, y como conocen nuestra tienda, volverán allí. Podrían inquietarse si tienen que entrar en vuestro campamento.

–Por supuesto –dijo Thurie, aliviada. También ella se hubiera sentido nerviosa.

Ayla comprendió que ella también necesitaba intercambiar bienvenidas. Lobo parecía observar una actitud menos defensiva y Ayla probó a aflojar un poco su vigilancia. Pensó: «No puedo permanecer aquí, sosteniendo a Lobo». Cuando se incorporó, Lobo intentó saltarle encima, pero ella le ordenó que se echara.

Sin extender la mano ni ofrecerle un mayor acercamiento, Rutan le dio la bienvenida a su campamento. Ella correspondió debidamente al saludo:

–Soy Ayla de los mamutoi –dijo, y añadió–: Del Hogar del Mamut. Te saludo en el nombre de Mut.

Thurie agregó su bienvenida y se las ingenió para limitarla sólo a aquel lugar, como había hecho con Jondalar. Ayla respondió con fría cortesía. Deseaba que le hubiesen demostrado más cordialidad, pero imaginaba que no podía hacerles blanco de sus críticas. La idea de que los animales viajasen por su propia voluntad con la gente podía ser terrible. No todos aceptarían como Talut esta extraña innovación; así lo comprendió Ayla, y como una punzada de dolor sintió la ausencia de la gente a la que había amado en el Campamento del León.

Ayla se volvió hacia Jondalar:

–Ahora Lobo ya no tiene una actitud tan protectora. Creo que me obedecerá, pero necesito tener algo que lo contenga mientras merodea alrededor de este campamento, y después para retenerle en el caso de que nos crucemos con otras personas –dijo en zelandoni, pues prefería no hablar con absoluta franqueza acerca del Campamento de los Mamutoi, aunque hubiera deseado poder hacerlo–. Quizá algo parecido a esa cuerda que fabricaste para Corredor. Hay muchas cuerdas y correas sueltas en el fondo de uno de mis canastos. Le enseñaré que no debe arrojarse así sobre los extraños; tiene que aprender a quedarse donde yo le diga.

Sin duda, Lobo había comprendido que levantar las lanzas significaba un gesto amenazador. Ayla apenas si podía censurarlo por saltar en defensa de la gente y los caballos que formaban su extraña manada. Desde su punto de vista era una actitud completamente comprensible; pero eso no quería decir que fuese aceptable. No podía enfrentarse a todas las personas que encontraran en el curso del viaje como si fueran lobos forasteros. Ayla tenía que enseñarle a modificar su conducta, a tratar con menos agresividad a los desconocidos. Incluso mientras concebía esta idea, Ayla se preguntó si habría otras personas capaces de comprender que un lobo podía responder a los deseos de una mujer, o que un caballo podía permitir que un humano montase sobre él.

–Quédate con él. Traeré la cuerda –dijo Jondalar. Sin dejar de sostener la cuerda que sujetaba a Corredor, pese a que el potro se había calmado, Jondalar buscó la correa en los canastos que cargaba Whinney. La hostilidad del campamento se había atenuado y la gente parecía apenas más cautelosa de lo que se hubiera mostrado respecto a otros forasteros cualesquiera. Por su modo de observar, el temor parecía haberse convertido en curiosidad.

Whinney también se había calmado. Jondalar la rascó y palmoteó, hablándole afectuosamente mientras revisaba los canastos. Sentía mucho afecto por la robusta yegua, y aunque le agradaba mucho el espíritu brioso de Corredor, admiraba la serena paciencia de Whinney. La yegua ejercía un efecto calmante sobre el joven corcel. El hombre ató la cuerda de Corredor a la correa que sujetaba los canastos que cargaba

Whinney. Jondalar deseaba a menudo que le hubiera sido posible controlar a Corredor lo mismo que Ayla controlaba a Whinney, sin freno ni cuerda. Pero a medida que cabalgaba, descubría la sorprendente sensibilidad de la piel del caballo, mejoraba su estilo ecuestre y comenzaba a guiar a Corredor mediante la presión y la postura.

Ayla pasó del lado opuesto de la yegua, acompañada por Lobo. Al entregarle la cuerda, Jondalar le habló en voz baja.

–Ayla, no es necesario que permanezcamos aquí. Aún es temprano. Podemos encontrar otro lugar a orillas de este río o de cualquier otro.

–Creo que es conveniente que Lobo se acostumbre a la gente, y sobre todo a los extraños, e incluso si ellos no se muestran demasiado amistosos, deseo visitarlos. Jondalar, son mamutoi, pertenecen a mi pueblo. Quizá ellos sean los últimos mamutoi que yo vea. Me pregunto si asistirán a la Reunión de Verano. Tal vez podamos enviar con ellos un mensaje al Campamento del León.

Ayla y Jondalar instalaron su propio campamento a poca distancia del Campamento del Espolín, río arriba, a orillas del importante afluente. Retiraron los bultos de los caballos y dejaron a éstos en libertad para pastar. Ayla experimentó un momento de inquietud cuando vio que desaparecían en la bruma movediza y polvorienta, alejándose del campamento.

La mujer y el hombre habían avanzado por la orilla derecha del ancho río, pero a cierta distancia de la corriente. Aunque en general se deslizaba hacia el sur, el río seguía un curso sinuoso a través del paisaje, serpenteando mientras cavaba un profundo foso en la llanura lisa. Si se mantenían en las estepas que se extendían a cierta altura sobre el valle del río, los viajeros podían seguir un camino más directo, pero se verían expuestos al viento implacable y a los efectos más crueles del sol y la lluvia en terreno abierto.

–¿Éste es el río del que nos hablaron? –preguntó Ayla, mientras desenrollaba las pieles para dormir.

El hombre hundió la mano en una de las dos canastas y extrajo un pedazo liso y bastante ancho de colmillo de mamut, con marcas talladas. Dirigió la mirada hacia el sector del cielo descolorido que resplandecía con una luz insoportablemente intensa aunque difusa, y después hacia el paisaje más oscuro. Era el final de la tarde, no cabía duda, pero no podía arriesgarse a decir mucho más.

–Ayla, no hay forma de saberlo –dijo Jondalar, y devolvió el mapa a su lugar–. No puedo ver señales, y estoy acostumbrado a juzgar la distancia recorrida con mis propias piernas. Corredor avanza con diferente paso.

–¿Realmente nos llevará un año entero llegar a tu casa? –preguntó la mujer.

–No estoy seguro. Depende de lo que encontremos en el camino, de los problemas con que tropecemos, de la frecuencia con que nos

detengamos. Si conseguimos regresar a los zelandonii a estas alturas del año próximo, podremos considerarnos afortunados. Ni siquiera hemos llegado al Mar de Beran, donde termina el Río de la Gran Madre, y tendremos que seguirlo hasta alcanzar la fuente del glaciar, y después continuar –dijo Jondalar. Sus ojos, de un azul intenso y desusadamente vívido, tenían una expresión inquieta y su frente presentaba las conchabidas arrugas de la preocupación.

–Tendremos que atravesar algunos ríos anchos; sin embargo, Ayla, lo que más me inquieta es ese glaciar. Tenemos que cruzarlo cuando el hielo esté completamente sólido, es decir, antes de la primavera, y eso siempre es imprevisible. En esta región sopla un fuerte viento sur que puede compensar en un día el frío más intenso. Y entonces, la nieve y el hielo de la superficie se funden, quebrándose como madera podrida. Se abren grandes grietas y la nieve que las cubría se derrumba. A través del hielo fluyen arroyos, incluso ríos de agua como resultado del hielo derretido, y que a veces desaparecen en profundos agujeros. Entonces se crea una situación muy peligrosa, y puede suceder de repente. Ahora estamos en verano, y aunque el invierno parezca muy lejano, tenemos que viajar mucho más de lo que crees.

La mujer asintió. No tenía sentido pensar siquiera en lo que les llevaría el viaje o lo que sucedería cuando llegasen. Mejor era pensar en cada día y hacer planes sólo para un día o dos. Era mejor no inquietarse por la gente de Jondalar ni preguntarse si la aceptarían como a uno de ellos, igual que habían hecho los mamutoi.

–Ojalá cesara de soplar el viento –comentó.

–Yo también estoy cansado de comer tierra –dijo Jondalar–. ¿Por qué no vamos a visitar a nuestros vecinos y vemos si nos dan algo mejor?

Llevaron a Lobo con ellos cuando regresaron al Campamento del Espolín, pero Ayla lo mantuvo a su lado. Se unieron a un grupo reunido alrededor de una hoguera, donde se asaba un gran cuarto trasero. Al principio, la conversación tardó un poco en entablarse, pero no pasó mucho rato para que la curiosidad se convirtiese en cálido interés y la reserva temerosa diera paso a una charla animada. Las pocas personas que habitaban aquellas estepas periglaciares casi no tenían oportunidad de conocer a otra gente, y la excitación provocada por esta reunión casual impulsaría las discusiones y sería tema de comentarios durante mucho tiempo en el Campamento del Halcón. Ayla trabó amistad con varias personas, y sobre todo con una joven que tenía una niña pequeña, aunque ya en edad de sentarse sin ayuda y de reír ruidosamente, algo que encantó a todos, pero sobre todo a Lobo.

La joven madre al principio se inquietó cuando el animal buscó a la niña para concederle su atención solícita, pero cuando los lamidos entusiastas de Lobo provocaron la risa complacida de la pequeña, y el animal mostró una suave moderación, pese a que la pequeña le cogía puñados de pelo y trataba de arrancárselos, todos se sintieron sorprendidos.

Los restantes niños quisieron tocarlo y poco después Lobo jugaba con ellos. Ayla explicó que Lobo había crecido con los niños del Campamento del León y probablemente los echaba de menos. Siempre se había mostrado muy delicado con los más pequeños, o con los débiles, y parecía conocer la diferencia entre el pellizco demasiado entusiasta y sin mala intención de un niño pequeño y el tirón intencionado de la cola o la oreja propinado por un niño mayor. Permitía lo primero con paciente tolerancia, y respondía a lo segundo con un gruñido de advertencia, o un mordisco suave que no rasgaba la piel pero demostraba que podría hacerlo.

Jondalar mencionó que poco antes habían salido de la Reunión de Verano, y Rutan les dijo que las reparaciones indispensables que habían debido realizar en su refugio habían demorado la partida de su grupo, pues, de lo contrario, ya estarían allí. Preguntó a Jondalar acerca de sus viajes y de Corredor, y la mayoría escuchaba. Parecían más renuentes a interrogar a Ayla, y ésta no se prestó a hablar demasiado, aunque al Mamut le habría gustado llevarla aparte para comentar temas más esotéricos; ella, sin embargo, prefirió permanecer con el campamento. Incluso la jefa se mostró más tranquila y cordial cuando los dos visitantes retornaron a su propio campamento y Ayla le pidió que transmitiese su afecto y sus recuerdos al Campamento del León cuando finalmente llegaran para la Reunión de Verano.

Esa noche, Ayla permaneció despierta, pensando. Se alegraba porque no se había dejado arrastrar por su vacilación natural ante la perspectiva de incorporarse al campamento, cuyos miembros no le habían brindado una acogida demasiado cálida. Cuando se les ofreció la oportunidad de superar su temor a lo extraño o lo desconocido, aquella gente había demostrado interés y voluntad de aprender. Ella había comprendido también que viajar con acompañantes tan insólitos probablemente provocaría fuertes reacciones en todos los que se les cruzaran en el camino. No tenía idea de lo que podía esperar, pero no dudaba de que aquel viaje sería mucho más azaroso de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 2

Jondalar quería haber partido temprano la mañana siguiente, pero, antes de hacerlo, Ayla deseaba regresar y saludar a las amistades que había hecho en el Campamento del Espolín. Jondalar estaba cada vez más impaciente, pero aun así Ayla dedicó cierto tiempo a las despedidas. Cuando al fin partieron, era casi mediodía.

La pradera abierta, de colinas suavemente onduladas y horizontes lejanos, por donde habían viajado después de salir de la Reunión de Verano, se elevaba cada vez más. La corriente veloz del afluente, nacida en terreno más alto, emergía con mayor vigor que la sinuosa corriente principal y excavaba un canal profundo con altas orillas en el suelo de loess batido por el viento. Aunque Jondalar deseaba marchar hacia el sur, se vieron obligados a desplazarse hacia el oeste y después hacia el noroeste, mientras buscaban el lugar adecuado para tratar de vadear el río.

Cuanto más se alejaban de su camino, más irritado e impaciente se sentía Jondalar. No estaba seguro de que hubiera sido acertada su decisión de seguir la ruta meridional, más larga, en lugar de la septentrional que le habían sugerido –más de una vez– y en cuya dirección el río parecía decidido a llevarles. Si bien no estaba familiarizado con aquel camino, que era mucho más corto, quizá hubieran debido seguirlo. Pensó que si podía adquirir la certeza de que llegarían a la meseta del glaciar, más hacia el oeste, en la fuente del Gran Río Madre, antes de la primavera, seguiría ese camino.

Esto significaría renunciar a su última oportunidad de ver a los sharamudoi, pero ¿era eso tan importante? Tenía que reconocer que en realidad deseaba verlos. Le ilusionaba la idea desde hacía tiempo. Jondalar no estaba seguro de que su decisión de marchar hacia el sur obedeciera realmente a su deseo de seguir el camino conocido y, por tanto, más seguro para que regresaran Ayla y él, o antes bien a su deseo de ver a los integrantes de su familia. Le preocupaban las consecuencias de una decisión errónea.

Ayla interrumpió sus cavilaciones.

–Jondalar, creo que podemos cruzar por aquí –dijo–. Parece fácil ganar la orilla opuesta.

Estaban en un recodo del río y se detuvieron para estudiarlo. La corriente rápida y turbulenta que seguía la curva excavaba profundamente el borde externo en el que ellos estaban y formaba una orilla alta y empinada. Pero el lateral interno del recodo, en la orilla opuesta, emergía gradualmente del agua, formando una estrecha playa de suelo pardo grisáceo y duro, con un fondo de matorrales.

–¿Crees que los caballos pueden descender por esta orilla?

–Me parece que sí. La parte más profunda del río debe de estar cerca de este lado, donde corta la orilla. Es difícil conocer la profundidad, ni siquiera sabemos si los caballos tendrán que nadar. Tal vez sea mejor que nosotros también desmontemos y nademos –dijo Ayla, y después advirtió que Jondalar parecía incómodo–; pero si no es demasiado profundo, podemos cruzar a caballo. Detesto mojarme la ropa, pero tampoco quiero quitármela para atravesarlo a nado.

Alentaron a los caballos a descender por el borde empinado. Los cascos se deslizaron y resbalaron sobre el suelo de grano fino de la orilla, hasta entrar en el agua con un chapoteo, sumergiéndose en la rápida corriente que los llevó río abajo. Era más profundo de lo que Ayla había pensado. Los caballos experimentaron un momento de pánico antes de acostumbrarse al nuevo elemento, pero después empezaron a nadar contra la corriente, en busca de la pendiente de la orilla opuesta. Cuando comenzaron a remontar la pendiente gradual de la curva interior del recodo, Ayla buscó a Lobo. Se volvió y le vio todavía en la orilla que habían abandonado, gimiendo y aullando, en un ir y venir desesperado.

–Tiene miedo de zambullirse –dijo Jondalar.

–¡Vamos, Lobo! ¡Vamos! –gritó Ayla–. Sabes nadar.

Mas el joven lobo gimió quejumbrosamente y metió la cola entre las patas.

–¿Qué le pasa? Ha cruzado ríos otras veces –dijo Jondalar, irritado ante la nueva demora. Había abrigado la esperanza de recorrer una distancia considerable ese día, pero todo parecía conspirar para que se retrasaran.

Habían partido tarde, viéndose obligados después a retroceder hacia el norte y el oeste, un rumbo que él no tenía previsto, y, ahora, para empeorar las cosas, Lobo no quería atravesar el río. También sabía que debían detenerse y verificar el contenido de los canastos, después del remojón, a pesar de que estaban bien tejidos y eran prácticamente impermeables. Para colmo de males, estaba mojado, y el tiempo transcurrido. Podía sentir el viento frío y sabía que debían cambiarse de ropa y poner a secar la que ahora llevaban. Los días de verano eran bastante cálidos, pero los vientos nocturnos todavía solían traer el gélido soplo del hielo. Los efectos del enorme glaciar que aplastaba las tierras septentrionales bajo capas de hielo altas como montañas podían sentirse

en todos los rincones de la Tierra, pero sobre todo en las estepas frías, cerca de los bordes.

Si hubiera sido más temprano, habrían podido viajar con la ropa mojada, ya que el viento y el sol la habrían secado mientras avanzaban. Jondalar se sintió tentado de continuar de todos modos hacia el sur, sólo para salvar cierta distancia... si es que en realidad podían continuar viaje.

–El río es más veloz de lo que él está acostumbrado y no puede acercarse al agua caminando. Tiene que saltar y nunca lo ha hecho antes –dijo Ayla.

–¿Qué te propones hacer?

–Si no puedo conseguir que salte, tendré que ir a buscarlo –replicó ella.

–Ayla, estoy seguro de que si seguimos cabalgando, saltará al agua y te seguirá. Si queremos recorrer alguna distancia hoy, tenemos que partir.

La terrible expresión de incredulidad y cólera que apareció en la cara de Ayla provocó en Jondalar la intención de tragarse sus palabras.

–¿Te agradecería que te dejasen atrás porque tuvieras miedo? No quiere saltar al río porque antes nunca hizo nada parecido. ¿Qué pretendes?

–Sólo quise decir... Ayla, no es más que un lobo. Los lobos siempre cruzan los ríos. Solamente necesita una razón para zambullirse. Si no nos alcanza, volveremos a buscarlo. No pretendí decir que íbamos a abandonarlo aquí.

–No hace falta que te preocupes. Iré a buscarlo ahora mismo –dijo Ayla, dando la espalda al hombre e instando a Whinney a entrar en el agua.

El joven lobo no dejaba de gemir y olfatear las huellas dejadas en el suelo por los cascos de los caballos, y miraba a las personas y los caballos que se encontraban en el lado opuesto de la corriente. Ayla volvió a llamarlo, cuando la yegua entró en la corriente. En mitad del camino, Whinney sintió que el suelo cedía y relinchó alarmada, tratando de encontrar una base más firme.

–¡Lobo! ¡Ven aquí, Lobo! ¡No es más que agua! ¡Vamos, Lobo! ¡Entra! –gritó Ayla, en un intento de atraer al río que discurría entre remolinos al animal joven y aprensivo. Luego se deslizó del lomo de Whinney y decidió nadar hasta la empinada orilla. Finalmente, Lobo reunió valor y se zambulló. Cayó con un fuerte chapoteo y empezó a nadar hacia ella.

–¡Eso es! ¡Muy bien, Lobo!

Whinney luchaba por hacer pie y Ayla, con el brazo alrededor de Lobo, trataba de llegar a la yegua. Jondalar ya estaba allí, hundido en el agua hasta el pecho, tranquilizando a la yegua y acercándose a Ayla. Todos juntos llegaron a la otra orilla.

–Será mejor que nos demos prisa si queremos recorrer hoy un poco de terreno –dijo Ayla, los ojos todavía coléricos mientras montaba de nuevo en la yegua.

–No –dijo Jondalar, reteniéndola–. No partiremos antes de que te hayas cambiado de ropa. Y creo que habría que cepillar a los caballos para secarlos, y quizá también a ese lobo. Hoy ya hemos viajado bastante. Esta noche acamparemos aquí. Me llevó cuatro años llegar a este lugar. No me importa si necesito cuatro años para retornar; pero, Ayla, quiero llevarte allí sana y salva.

Cuando Ayla le miró, la expresión de inquietud y amor en los ojos intensamente azules de Jondalar disipó los últimos vestigios de la cólera que había experimentado. Extendió la mano hacia él, mientras Jondalar inclinaba la cabeza hacia ella, y Ayla sintió la misma increíble maravilla que la había embargado la primera vez que él había unido sus labios a los de ella, enseñándole lo que era un beso. Una alegría inenarrable llenó todo su ser al darse cuenta de que viajaba con él, regresaba al hogar con él. Le amaba más de lo que era capaz de expresar, su amor incluso era más fuerte ahora, después del prolongado invierno, cuando había llegado a creer que Jondalar ya no la amaba y que se marcharía sin ella.

Jondalar había temido por ella cuando regresó al río y ahora la apretaba contra su cuerpo, abrazándola. La amaba más de lo que jamás hubiera creído posible amar a alguien. Antes de Ayla, él no sabía que podía llegar a amar tanto. En cierta ocasión casi la había perdido. Aquella vez estaba seguro de que Ayla continuaría junto al hombre moreno de los ojos vivaces, y ahora no podía soportar la idea de perderla de nuevo.

Con dos caballos y un lobo como compañero, en un mundo donde antes hubiera sido impensable la posibilidad de domesticar a tales animales, un hombre estaba solo, con la mujer a la que amaba, en medio de una vasta y fría pradera, en la que abundaban animales muy diferentes y en donde casi no había existencia humana, proyectando un viaje que se extendía a través de un continente. Sin embargo, a veces el mero pensamiento de que ella pudiera sufrir algún daño le abrumaba tan intensamente que casi se le cortaba la respiración. En esos momentos deseaba unirse eternamente a Ayla en un estrecho abrazo.

Jondalar sintió la calidez del cuerpo de Ayla, y la boca que de buen grado se unía a la suya, lo que hizo aumentar la necesidad que tenía de ella. Pero aquello podía esperar. Ayla tenía frío y estaba mojada; necesitaba ropas secas y fuego. El borde de aquel río era un lugar tan conveniente como cualquier otro para acampar, y si bien era un tanto temprano para detenerse, eso les daría tiempo para que secaran las ropas que vestían, y así podrían partir temprano por la mañana.

–¡Lobo! ¡Deja eso! –gritó Ayla, y corrió para arrebatar el envoltorio de cuero al joven animal–. Creí que habías aprendido a apartarte del

cuero. –Cuando ella trató de quitárselo, Lobo lo detuvo juguetonamente con los dientes, echando la cabeza a uno y otro lado, entre gruñidos. Ella soltó el objeto y suspendió el juego–. ¡Deja eso! –dijo ásperamente. Bajó una mano, como si se dispusiera a golpear el hocico de Lobo, pero no completó el movimiento. Ante la señal y la orden, Lobo metió la cola entre las patas, se arrastró sumiso hacia ella y soltó el bulto a sus pies, gimiendo en son de paz.

–Es la segunda vez que la emprende contra estas cosas –dijo Ayla, mientras recogía aquel envoltorio y otro más que él había estado masticando–. Sabe lo que tiene que hacer, pero no puede contenerse cuando se trata de cuero.

Jondalar se acercó para ayudar a Ayla.

–No sé qué decirte. Suelta lo que tiene en cuanto se lo ordenas, pero no se lo puedes ordenar si no estás allí, y no puedes vigilarlo siempre... ¿Qué es esto? No recuerdo haberlo visto antes –dijo, y miró intrigado un bulto envuelto cuidadosamente en una piel suave y muy bien atado.

Sonrojándose un poco, Ayla le arrebató rápidamente el bulto.

–Es... sólo una cosa que traje conmigo..., algo... que traje del Campamento del León –dijo, y depositó el bulto en el fondo de uno de sus canastos.

La actitud de Ayla desconcertó a Jondalar. Ambos habían limitado sus posesiones y objetos de viaje al mínimo, incluyendo muy pocas cosas que no fuesen esenciales. El bulto no era grande, pero tampoco era pequeño. Probablemente ella había podido agregar otra cosa en el espacio ocupado por el objeto en cuestión. ¿De qué podría tratarse?

–¡Lobo! ¡Deja eso!

Jondalar vio que Ayla perseguía de nuevo al joven lobo, y no pudo por menos que sonreír. No estaba seguro, pero casi daba la impresión de que Lobo se comportaba mal intencionadamente, se burlaba de Ayla para obligarla a perseguirlo y que jugara con ella. Había descubierto uno de los zapatos que ella usaba en el campamento, una especie de mocasín blando que le cubría el pie y que a veces se ponía para mayor comodidad después de organizar el campamento, sobre todo si el suelo estaba congelado o húmedo y frío y deseaba airear o secar el calzado habitual, bastante más sólido.

–¡No sé qué voy a hacer con él! –exclamó Ayla, exasperada, mientras se acercaba al hombre. Sostenía en la mano el objeto de la última travesura de Lobo y miraba severamente al pícaro malhechor. Lobo se arrastraba hacia ella, al parecer arrepentido, gimiendo en abyecta humillación ante la desaprobación de su ama; pero un atisbo de picardía acechaba bajo su aparente angustia. El animal sabía que le amaba, y tan pronto cediera en su rigor, comenzaría a retorcerse y a aullar con verdadero placer, dispuesto a jugar otra vez.

Si bien tenía el tamaño de un animal adulto, aunque de aspecto más rechoncho, Lobo era poco más que un cachorro. Había nacido en invierno, fuera de temporada, de una loba solitaria cuyo compañero

había muerto. El pelaje de Lobo tenía el matiz usual gris leonado –resultado de las franjas blancas, rojas, pardas y negras que coloreaban la capa externa, lo que creaba un dibujo indistinto que permitía a los lobos un perfecto mimetismo con el paisaje natural de matorrales, pasto, tierra, piedras y nieve–, aunque su madre había sido negra.

Precisamente aquel color poco común había incitado a las hembras de la manada a perseguirla implacablemente, relegándola a la situación más baja y, con el tiempo, a expulsarla. A partir de entonces había errado sola, aprendiendo a sobrevivir en los territorios de las diferentes manadas, hasta que finalmente descubrió a otro solitario, un viejo macho que había abandonado a su manada porque ya no estaba en condiciones de seguir su ritmo. Juntos lo pasaron bien algún tiempo. Ella era la cazadora más fuerte, pero él tenía experiencia e incluso había comenzado a delimitar y defender como propia una pequeña área de territorio. Quizá como consecuencia de la mejor dieta que les proporcionó la cooperación de ambos, de la compañía y la proximidad de un macho amigo, o de su propia predisposición genética, lo cierto es que la loba tuvo el celo fuera de temporada. En todo caso, su viejo compañero no experimentó desagrado, y al no tener competencia, se mostró dispuesto a responder y, en definitiva, fue capaz de hacerlo.

Por desgracia, sus rígidos y viejos huesos no pudieron resistir los embates de otro invierno difícil en las estepas periglaciares. No duró mucho después del comienzo de la estación fría. Fue una pérdida terrible para la hembra negra, que debía dar a luz sola y en invierno. El ambiente natural no tolera demasiado bien a los animales que se desvían tanto de la norma, y los ciclos estacionales se imponen por sí mismos. Una cazadora de pelaje negro en un paisaje de hierba rojiza, tierra parda y nieve barrida o arrastrada por el viento puede ser vista fácilmente por la escasa y astuta fauna invernal. Sin compañero ni otro tipo de parientes maduros que ayudaran a la madre a alimentar a los cachorros recién nacidos y a cuidar de ellos, la hembra negra se debilitó, y uno tras otro sus hijos sucumbieron, hasta que sólo quedó uno.

Ayla conocía a los lobos. Los había observado y estudiado desde que comenzó a cazar, pero ignoraba que el lobo negro que trató de robar el armiño que ella había matado con su honda era una hembra hambrienta que estaba criando. No era la estación de los cachorros. Cuando intentó recuperar su presa y en una actitud poco frecuente el lobo atacó, ella lo mató en defensa propia. Más tarde se percató de la condición del animal y comprendió que seguramente era una solitaria. Sintió entonces una extraña afinidad con aquella loba que, sin duda, había sido expulsada de su manada, y decidió encontrar a los cachorros huérfanos, que no tendrían una familia que los adoptase. Siguió el rastro de la loba, encontró la madriguera, se deslizó en su interior y descubrió al último cachorro, todavía sin destetar, con los ojos apenas abiertos. Lo llevó consigo al Campamento del León.

Todos se sorprendieron cuando Ayla les mostró al minúsculo cachorro de lobo, pero ella ya había llegado otras veces con caballos que le obedecían. Habían acabado por acostumbrarse a ellos y a la mujer que se sentía tan afín a los animales, y sentían curiosidad por el lobo y por lo que ella haría con él. Que supiese criarlo y entenderle maravilló a muchos. Aun ahora, Jondalar se sorprendía ante la vivacidad demostrada por el animal; una inteligencia que parecía casi humana.

–Ayla, creo que está jugando contigo –dijo el hombre.

Ella miró a Lobo y no pudo evitar una sonrisa, y el animal, al verla, irguió la cabeza y comenzó a golpear el suelo con la cola, expectante.

–Creo que tienes razón, pero eso no me ayudará a impedir que lo mastique todo –dijo Ayla, mirando los jirones del zapato que usaba en el campamento–. Bien; puedo dejarle esto, ya lo ha destrozado, y quizá así, al menos por un rato, no se interesará tanto por el resto de nuestras cosas.

Le arrojó el zapato y Lobo saltó y lo atrapó en el aire; Jondalar casi tuvo la certeza de que Lobo había insinuado una sonrisa lobuna.

–Será mejor que lo guardemos todo –dijo Jondalar, al recordar que la víspera no habían recorrido mucho camino hacia el sur.

Ayla miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol luminoso que por el este comenzaba a elevarse en el cielo. Vio a Whinney y a Corredor en el prado que estaba más allá de la parcela cubierta de árboles y matorrales en torno a los cuales el río describía una curva, y emitió un silbido peculiar, parecido al que empleaba para llamar a Lobo, pero no igual. La yegua de color amarillo oscuro alzó la cabeza, relinchó y galopó hacia la mujer. El joven corcel la siguió.

Levantaron el campamento, cargaron los caballos y ya estaban dispuestos a partir, cuando Jondalar decidió redistribuir los palos de la tienda, que guardó en un canasto, y las lanzas, que puso en otro para equilibrar la carga. Ayla estaba apoyada sobre Whinney mientras esperaba. Era una postura cómoda y familiar para ambas, un modo de estar en contacto que había nacido cuando la joven yegua era la única compañía de Ayla en el valle feraz pero solitario.

Ayla también había dado muerte a la madre de Whinney. En aquella época de su vida llevaba varios años cazando, pero sólo con la honda. Ayla la utilizaba con extraordinaria habilidad y, además, era un arma de caza que podía ocultarse fácilmente, lo que justificaba su incumplimiento de los tabúes del clan al cazar principalmente depredadores, que competían por el mismo alimento y a veces les robaban la carne. Pero el caballo fue el primer animal grande, proveedor de carne, que ella mató, y la primera vez que usó una lanza para realizar la hazaña.

En el clan se habría considerado que era su primera captura, de haber sido Ayla varón, y se le hubiera permitido cazar con lanza. Como mujer, si hubiera usado una lanza no se le habría permitido vivir. Pero

matar al caballo había sido necesario para su supervivencia, aunque ella no había deseado que una yegua que aún amamantaba a su cría fuese la que cayese en su trampa. Cuando vio por primera vez al potrillo le compadeció, consciente de que moriría sin su madre; sin embargo, no se le ocurrió la idea de criarlo ella misma. No había motivo para que lo pensara; nadie lo había hecho antes.

Pero cuando las hienas comenzaron a perseguir al asustado potrillo, Ayla recordó a la hiena que había tratado de llevarse al hijito de Oga. Ayla detestaba a las hienas, quizá por la dura prueba que había tenido que soportar cuando mató a aquella hiena en particular y descubrió su secreto. No eran peores que otros depredadores y carroñeros naturales, pero a los ojos de Ayla representaban todo lo que era cruel, maligno o perverso. Su reacción en ese momento fue tan espontánea como lo había sido en la ocasión anterior, y las veloces piedras lanzadas con su honda fueron igualmente eficaces. Mató a una hiena, ahuyentó a las otras y rescató al animal joven e indefenso; pero esta vez, en lugar de sufrimiento, encontró la compañía que alivió su soledad y una enorme alegría en la entrañable relación que se estableció entre ellos.

Ayla amaba al joven lobo como habría amado a un niño inteligente y encantador, pero sus sentimientos hacia el caballo eran de otra índole. Whinney había compartido su aislamiento; habían crecido tan cerca una de la otra como rara vez podrían hacerlo dos criaturas tan distintas. Se conocían, se comprendían y confiaban la una en la otra. La yegua amarilla no era sólo una compañía animal útil, o un animal preferido, o incluso un niño bienamado. Whinney había sido la única compañía de Ayla a lo largo de varios años, y era su amiga.

Pero la primera vez que Ayla montó sobre la yegua y cabalgó como el viento fue un acto espontáneo, hasta irracional. Recordaba con toda claridad la excitación que había vivido durante aquella experiencia. Al principio, ella no se esforzó de manera consciente por conducir al caballo, pero eran dos seres que mantenían una relación tan íntima que la mutua comprensión se acentuó con cada cabalgada.

Mientras esperaba a que Jondalar terminase, Ayla observó cómo Lobo masticaba juguetonamente el zapato, y pensó en la posibilidad de controlar una costumbre tan destructiva. Sus ojos se posaron casualmente en la vegetación que crecía en el lugar donde habían acampado. Limitadas por la alta orilla del lado opuesto del río, que se curvaba para formar un brusco recodo, las tierras bajas de aquel lado se inundaban todos los años, dejando un sedimento fértil que alimentaba una fecunda variedad de matorrales, hierbas e incluso pequeños árboles, así como los abundantes pastos que se extendían a lo lejos. Ayla siempre prestaba atención a las plantas que crecían cerca. Para ella era una segunda naturaleza tomar conciencia de todo lo que crecía, y su conocimiento estaba tan arraigado que era casi instintivo en ella catalogarlo e interpretarlo.

Vio una planta de gayuba, un brezal enano de verdor permanente con hojas pequeñas, correosas, de un verde profundo, y abundancia de florecillas blancas, redondas, con su toque rosado, que prometían una abundante cosecha de bayas rojas. Aunque eran ácidas y un tanto as-tringentes, tenían buen sabor cuando se las cocía con otros alimentos; pero más que por su valor alimenticio, Ayla sabía que el jugo de la baya era eficaz para aliviar la sensación ardiente que se sentía al orinar, sobre todo cuando la sangre hacía que la orina adquiriese un color sonrosado.

Cerca había una planta de rábano picante con flores blancas agrupadas en un ramillete, al extremo de tallos con hojas estrechas y pequeñas, y más abajo, hojas verdes largas, puntiagudas, con matices oscuros y brillantes que crecían en el suelo. La raíz era robusta y bastante larga, con un aroma acre y un sabor cálido y ardiente. En cantidades muy pequeñas, proporcionaba a las carnes un sabor agradable, pero Ayla se sentía más intrigada por su uso medicinal como estimulante del estómago y como diurético, y también por su aplicación sobre las articulaciones doloridas e inflamadas. Pensó en la posibilidad de detenerse para recoger algunas plantas, pero después decidió que probablemente no valía la pena perder tiempo.

No obstante, echó mano sin vacilar del palo puntiagudo de cavar cuando vio la artemisa. La raíz era uno de los ingredientes de su infusión matutina especial, la que bebía durante su período lunar, cuando sangraba. En otras ocasiones usaba distintas plantas, en particular el trébol dorado, que siempre crecía sobre otras plantas y a menudo las mataba. Mucho tiempo atrás Iza le había hablado de las plantas mágicas, cuyas propiedades podían conferir al espíritu de su tótem fuerza suficiente para derrotar al espíritu del tótem de un hombre, de modo que un niño no comenzara a crecer dentro de su cuerpo. Iza siempre le había advertido que no debía decírselo a nadie, y menos todavía a un hombre.

Ayla no tenía muy claro si eran los espíritus los que engendraban a los niños. Creía que un hombre tenía más que ver con el asunto, pero, de todos modos, las plantas secretas eran eficaces. La vida nueva no comenzaba en ella cuando bebía las infusiones especiales, y para el caso poco importaba que hubiera estado o no cerca de un hombre. No era que ella pensase en oponerse cuando se asentaran en un lugar, pero Jondalar le había hecho comprender que, en vista del largo viaje que les esperaba, era peligroso que se quedase embarazada en el camino.

Mientras extraía la raíz de la artemisa y sacudía la tierra, vio las hojas en forma de corazón y las largas flores tubulares amarillas de la serpentaria, que era idónea para prevenir el aborto. Con un estremecimiento de dolor, recordó la vez que Iza había ido a buscar la planta para ella. Cuando se incorporó y fue a depositar las raíces frescas que acababa de recoger en un canasto especial colocado casi encima de una de las canastas que Whinney cargaba, vio que la yegua mordisqueaba

selectivamente los extremos de las plantas de avena silvestre. Pensó que eran unas semillas que también le gustaban una vez cocidas; su mente continuaba de forma automática la catalogación medicinal, agregó la información de que las flores y los tallos facilitaban la digestión.

El caballo había defecado y Ayla observó las moscas que zumbaban alrededor de los excrementos. Pensó que, en ciertas estaciones, los insectos podían ser terribles, y decidió buscar plantas para repelerlos. ¿Quién sabía qué clase de territorio tendrían que atravesar?

En su recorrido superficial de la vegetación local vio un arbusto espinoso que reconoció como perteneciente a la variedad del ajenjo, de sabor amargo y fuerte olor a alcanfor; pensó que no era un repelente de insectos, pero tenía sus aplicaciones. Cerca había geranios, especies silvestres con hojas muy dentadas y flores rosadas y rojizas de cinco pétalos, los cuales daban frutos semejantes a los picos de las cigüeñas. Las hojas secas y molidas ayudaban a detener las hemorragias y sanaban las heridas; preparadas como infusión curaban las llagas y sarpullidos bucales, y las raíces eran buenas para la diarrea y otros problemas estomacales. Tenían un sabor acre y áspero, pero eran lo bastante suaves para administrarlas a los niños y los ancianos.

Cuando volvió los ojos hacia Jondalar, vio de nuevo a Lobo, que continuaba masticando el zapato. De pronto, suspendió sus cavilaciones y concentró su atención en las últimas plantas que había visto. ¿Por qué habían atraído su atención? Algo en ellas parecía importante. De golpe comprendió. Extendió rápidamente la mano hacia el palo de cavar y comenzó a abrir el suelo alrededor del ajenjo de sabor acre con fuerte olor a alcanfor, y después junto al geranio áspero, astringente, pero relativamente inofensivo.

Jondalar había montado y se preparaba para reanudar la marcha cuando se volvió hacia ella.

—Ayla, ¿por qué estás recolectando plantas? Tenemos que continuar. ¿Realmente las necesitas ahora?

—Sí —dijo ella—, no tardaré mucho —agregó, y comenzó a extraer la raíz larga y gruesa del rábano picante, con el sabor cálido y ardiente—. Creo que he descubierto el modo de mantenerlo alejado de nuestras cosas —dijo Ayla, señalando al joven lobo que juguetonamente masticaba lo que quedaba del zapato de cuero—. Voy a preparar un «repelente contra Lobo».

Desde el lugar donde habían acampado enfilaron hacia el sudeste, para regresar al río cuyo curso habían venido siguiendo. El polvo que el viento esparcía se había aquietado durante la noche, y en el aire despejado y limpio el cielo infinito revelaba el límite lejano del horizonte, que antes estaba sumido en sombras. Mientras cabalgaban a través del campo, el paisaje entero de un extremo a otro de la Tierra, de norte a sur, de este a oeste, ondulando y agitándose, siempre en movimiento,

era todo hierba; una vasta, inmensa pradera. Los pocos árboles que crecían únicamente cerca de los cursos de agua, destacaban de la vegetación dominante. Pero la magnitud de la planicie cubierta de hierba era la más extensa que los viajeros habían visto en su vida.

Láminas macizas de hielo, de dos, tres, cinco e incluso ocho kilómetros de espesor, cubrían los confines de la Tierra y se extendían a las áreas septentrionales, aplastando la corteza pétreo del continente y deprimiendo el propio lecho de rocas con un peso inverosímil. Al sur del hielo estaban las estepas –prados fríos y secos tan anchos como el continente, que se extendían desde el océano occidental hasta el mar oriental. Toda la tierra que bordeaba el hielo era una inmensa llanura de hierba. Por doquier, recorriendo la inmensidad, desde el valle bajo hasta la colina azotada por el viento, había hierba. Las montañas, los ríos, los lagos y los mares que suministraban humedad suficiente a los árboles eran las únicas interrupciones en el carácter esencialmente de pastizales de las tierras septentrionales durante la Edad del Hielo.

Ayla y Jondalar notaron que el nivel del suelo comenzaba a descender hacia el valle del río más ancho, pese a que aún estaban a cierta distancia del agua. Al poco rato se vieron rodeados por hierbas más altas. Esforzándose por ver por encima de las matas de dos metros y medio de altura, incluso montada en Whinney, Ayla podía divisar poco más que la cabeza y los hombros de Jondalar entre los extremos plumosos y los tallos que se balanceaban con sus florecillas minúsculas de color dorado que adquirirían un matiz levemente rojizo a cierta altura, sobre los tallos delgados de color verdeazul. De tanto en tanto veía al caballo pardo oscuro, pero reconocía a Corredor sólo porque sabía que era él. Le alegraba la ventaja de que gozaban gracias a la altura de los caballos. Ayla sabía que si hubieran ido andando habría sido como atravesar un espeso bosque de altos hierbajos verdes agitados por el viento.

De cualquier modo, las hierbas no eran obstáculo a pesar de su tamaño, pues se separaban fácilmente frente a ellos a medida que cabalgaban, pero podían ver sólo a poca distancia de los tallos más próximos; por detrás la hierba volvía a cerrarse, dejando escaso rastro del camino ya recorrido. La visión de ambos estaba limitada a la zona más próxima que les rodeaba, como si hubieran llevado consigo un receptáculo de su propio espacio a medida que avanzaban. Con sólo la brillante incandescencia para marcar la senda conocida en el claro y alto azul del cielo, y los tallos que se inclinaban para señalar la dirección del viento dominante, les habría sido más difícil encontrar el camino, y muy fácil separarse.

Mientras cabalgaba, Ayla escuchaba el silbido del viento y el zumbido agudo de los mosquitos que revoloteaban junto a su oído. Hacía calor y reinaba una atmósfera sofocante en medio de la densa vegetación. Aunque alcanzaba a ver las altas gramíneas que se balanceaban,

apenas sentía la caricia del viento. El zumbido de las moscas y un repentino olor a estiércol fresco le indicaron que Corredor había defecado recientemente. Aunque el corcel no se hubiera encontrado a corta distancia, algunos pasos por delante, Ayla habría sabido que el joven animal había pasado por allí. Conocía su olor tan bien como el de la yegua que montaba y el olor de su propio cuerpo. Alrededor prevalecía el denso aroma a humus de la tierra y el perfume verde de la vegetación que brotaba. Ayla no clasificaba los olores como buenos o malos; utilizaba su nariz, igual que usaba sus ojos y sus oídos, con consciente discriminación, para facilitar la investigación y el análisis del mundo perceptible.

Al cabo de un rato, la monotonía del paisaje, largos tallos verdes tras largos tallos verdes, el movimiento rítmico del caballo y el cálido sol que caía casi a plomo sobre sus cabezas, provocó cierto letargo en Ayla; estaba despierta, pero no del todo consciente. Los tallos de hierba repetitivos, altos, delgados, entrecruzándose, se convirtieron en una mancha que ella ya no veía. En cambio, comenzó a oler la restante vegetación. Como de costumbre, allí crecían muchas más plantas que gramíneas y Ayla lo anotó mentalmente, sin pensar conscientemente en ello. Era sencillamente el modo de percibir su propio ambiente.

Allí, pensaba Ayla, en ese espacio abierto –practicado por algún animal al revolcarse– estaban los pies de ánade, como los llamaba Nezzie, y el amaranto que crecía cerca de la caverna del clan. Ayla murmuró que debía recoger un poco, pero no hizo ningún esfuerzo en ese sentido. Aquella planta, con las flores amarillas y las hojas enroscadas alrededor del tallo, era un repollo silvestre. Convendría cogerlo para la noche, pero lo dejó pasar. Aquellas flores de color azul púrpura, con hojitas, eran la algarroba, y tenían muchas vainas. ¿Ya serían comestibles? Probablemente no. Allá delante, una flor ancha y blanca, con el centro redondeado y rosado, era la zanahoria silvestre. Le pareció que Corredor acababa de pisar algunas de las hojas. Usaría su palo de cavar, pero había más a lo lejos. Al parecer había gran cantidad de zanahorias silvestres. Podía esperar; hacía demasiado calor. Trató de espantar un par de moscas que zumbaban alrededor de sus cabellos empapados de sudor. Hacía rato que no veía a Lobo. ¿Dónde estaría?

Se volvió en busca del lobo y vio que marchaba a poca distancia de la yegua, olisqueando el terreno. El animal se detuvo, alzó la cabeza para captar otro olor, y después desapareció entre los pastos, a la izquierda de su ama. Ayla vio una gran libélula azul de alas manchadas, asustada por el paso del lobo a través de la densa cortina animada, la cual revoloteaba alrededor del lugar donde él había estado, como si quisiera marcarlo. Poco después, un graznido y un batir de alas anunciaron la repentina aparición de una gran avutarda que echaba a volar. Ayla buscó su honda, que llevaba rodeándole la cabeza a la altura de la frente. Era un buen lugar para echar mano rápidamente del arma, y además le mantenía sujetos los cabellos.

Pero la enorme avutarda –con su docena de kilogramos, el ave más pesada de las estepas– volaba rápido a pesar de su tamaño, y estuvo fuera de alcance antes de que Ayla extrajese una piedra de su bolsa. Observó cómo el ave moteada, de alas blancas con bordes oscuros, aumentaba su velocidad, la cabeza tendida hacia delante, las patas hacia atrás, alejándose. Ayla pensó entonces que debería haber prestado atención al olor percibido por Lobo. La avutarda hubiera sido una maravillosa comida para los tres, y hasta habría sobrado bastante carne.

–Lástima no haber sido más rápidos –dijo Jondalar.

Ayla advirtió que Jondalar guardaba en el canasto una lanza liviana y el artefacto lanzador. Asintió, mientras volvía a colocarse la honda de cuero alrededor de la frente.

–Ojalá hubiese aprendido a usar el palo arrojadizo de Brezie –se lamentó–. Es mucho más rápido. Cuando nos detuvimos junto al pantano en el que anidaban tantos pájaros, de camino para cazar mamuts, parecía increíble lo rápido que era con él. Y podía abatir más de un pájaro cada vez.

–Era buena; pero probablemente practicó con ese palo arrojadizo tanto tiempo como tú con tu honda. No creo que esa clase de habilidad se aprenda en una temporada.

–Pero si estas hierbas no fueran tan altas, yo podría haber visto lo que Lobo perseguía a tiempo para preparar la honda y algunas piedras. Pensé que sólo era un ratón de campo.

–Tendríamos que mantener los ojos abiertos por si Lobo levanta otra presa –dijo Jondalar.

–Yo tengo los ojos abiertos. ¡Pero no alcanzo a ver nada! –dijo Ayla. Elevó los ojos al cielo para verificar la posición del sol y estiró el cuello para mirar por encima de la hierba–. Tienes razón –convino–. No nos vendría mal conseguir carne fresca para la noche. He visto toda clase de plantas que son buenas para comer. Había pensado detenerme para recoger algunas, pero me parece que abundan por todas partes; prefiero hacerlo después y comerlas frescas, y no cuando este sol tan abrasador las haya marchitado. Aún nos queda un poco de la carne asada de bisonte que nos dieron en el Campamento del Espolín, pero sólo durará una comida más, y no veo motivo para consumir la carne seca en esta época del año, cuando hay mucho alimento fresco alrededor. ¿Cuánto falta para que nos detengamos?

–Creo que no estamos lejos del río..., aquí hace más fresco y estas hierbas altas suelen crecer en las tierras bajas, alrededor del agua. Cuando lleguemos a la orilla, empezaremos a buscar un lugar para acampar mientras seguimos el curso del río –dijo Jondalar, y reanudó la marcha.

La zona de hierbas altas se prolongó todo el camino hasta la orilla del río, aunque ahora también había grupos de árboles junto a la pendiente húmeda. Se detuvieron para permitir que los caballos bebiesen,

y desmontaron para saciar su propia sed, utilizando un canastito de apretado tejido como cucharón y taza. Lobo apareció poco después y sació ruidosamente su sed; después, se echó y miró a Ayla, con la lengua fuera y un fuerte jadeo.

Ayla sonrió.

–Lobo también tiene calor. Creo que ha estado explorando –dijo–. Me gustaría saber lo que ha descubierto. Ve mucho más que nosotros en este lugar de hierbas altas.

–Quisiera dejarlas atrás antes de acampar. Estoy acostumbrado a ver más lejos, y esta vegetación consigue que me sienta como encerrado. No sé lo que ocurre a pocos metros, y quiero saber lo que hay a mi alrededor –dijo Jondalar, mientras se acercaba a su caballo. Apoyó la mano sobre el lomo de Corredor, justo debajo de la crin dura y rizada; luego, con un enérgico salto, pasó una pierna y, ayudándose con los brazos, se instaló a lomos del robusto corcel. Antes de comenzar a descender el curso del río, alejó al caballo de la orilla de tierra blanda, hasta encontrar un terreno más firme.

Las grandes estepas no constituían en modo alguno un paisaje vasto y monótono de tallos que se mecían grácilmente. Las hierbas altas crecían en ciertas zonas en las que había abundante humedad y donde también existía gran variedad de otras plantas. Dominada por vegetales de más de un metro y medio de altura, que en ocasiones alcanzaban los cuatro metros –grandes tallos azules bulbosos, espolines empenachados y cañuelas de las praderas–, la policromía de los prados sumaba una diversidad de hierbas florecidas de hojas anchas: aster y ñña de caballo; la hierba del moro, amarilla y con muchos pétalos, y los grandes cuernos blancos de la datura; el maní y la zanahoria silvestre, los nabos y los repollos; el rábano picante, la mostaza y las cebolletas; el lis, los lirios y el botón de oro; grosellas y fresas; fram-buesas rojas y negras.

En las regiones semiáridas de lluvias escasas, crecían los pastos bajos, que alcanzaban una altura inferior a los cuarenta y cinco centímetros. Se mantenían cerca del suelo, y la mayor parte de su desarrollo tenía lugar en la parte de abajo y retoñaban con pujanza sobre todo en tiempo de sequía. Compartían la tierra con el matorral, y en especial con las artemisas, con el ajeno y la salvia.

Entre estos dos extremos se encontraban los pastos de mediana altura, que ocupaban los lugares demasiado fríos para el pasto bajo o demasiado secos para el pasto alto. Estos prados de humedad moderada también podían ser coloridos; abundaban las plantas en flor mezcladas con la tupida alfombra de avena silvestre, cebada carricera y, sobre todo, en las laderas y las tierras altas, las hierbas pequeñas. La espartina crecía en las tierras más húmedas; el pasto de hojas ahusadas en lugares más fríos formados por suelos áridos y pedregosos. Había también muchas juncias –plantas de tallos sólidos, que se unían con las hojas que brotaban de los tallos de la hierba–, algunas incluso de corola

esponjosa, sobre todo en la tundra y los suelos más húmedos. En los pantanos abundaban los carrizos, las espadañas y las aneas.

Hacía más fresco cerca del río y, a medida que anochecía, Ayla sentía impulsos contradictorios. Deseaba darse prisa y dejar atrás los pastos altos y sofocantes, pero también quería detenerse y recoger algunos de los vegetales que veía a lo largo del camino para incorporarlos a la comida nocturna. Comenzó a percibir un ritmo que la enervaba: sí, se detendría; no, no lo haría. Era un ritmo que se repetía una y otra vez en su cerebro.

Pronto el propio ritmo superó el significado de las palabras, y un latido silencioso que suscitaba en ella la sensación de un sonido muy alto intensificó su aprensión. Era inquietante la sensación de un sonido profundo y estridente que ella no alcanza a oír. Su malestar se acentuó a causa de las altas hierbas que la envolvían permitiéndole ver algo, pero no a suficiente distancia. Estaba acostumbrada a ver a lo lejos, a contemplar amplios paisajes, o por lo menos a ver más allá de la avasalladora cortina de vegetación. A medida que avanzaron, el sentimiento se acentuó, como si todo estuviera acercándose a ellos o como si se aproximaran a la fuente del sonido silencioso.

Ayla advirtió que el terreno parecía pisoteado en varios lugares; arrugó la nariz cuando percibió un olor fuerte, acre y almizclado, y trató de identificarlo. De pronto, oyó un sordo gruñido que provenía de la garganta de Lobo.

—¡Jondalar! —gritó, y vio que él se había detenido y alzado una mano, para indicarle que no continuase. Sí, allí delante había algo. De pronto, surcó el aire un grito poderoso, estridente y resonante.